

nerado, he tenido que sufrir, además, la honda amargura de haberme encontrado imposibilitado para volar a acompañarlo en sus últimos momentos. Para ello me ha faltado la salud. Y he quedado, como dijo el poeta, «cual si hubiese bebido de un solo sorbo toda la amargura del mar». Pero oíd mi último telegrama a su hermano Pedro: «Imposibilitado por grave quebranto de salud para ir a cumplir mi último deber con mi maestro querido, ruégole a usted darle en mi nombre un beso en la frente y otro en el corazón, antes de que lo reciba la tierra».

«Oh muerte muda, ¿qué mal me has hecho?» ¿Eres, acaso, como el dolor la única verdad en la tierra?

No acierto a decir más. Siento la inefable tristeza crepuscular de la muerte de un sol de mi vida y de mi patria.

La figura de un varon completo

Acababa de cerrarse la era de las guerras civiles en Colombia, cuando monseñor Carrasquilla, afanoso por recuperar el tiempo perdido por la juventud en la contienda fratricida, reanudó en el mes de junio de 1902 las tareas del Colegio del Rosario. Tuve la fortuna de llegar ese año al histórico instituto, y desde entonces pude apreciar la gran figura procerca del Rector del colegio, digna del escenario de la república.

El doctor Carrasquilla, con su gran talento y sus grandes virtudes, hubiera podido escalar todas las altas dignidades de la Iglesia, pero le conformó mejor el título de Rector del Rosario, con el cual ha hecho, sin quererlo, más brillante su gloria y más imperecedero su recuerdo entre los colombianos. Dios derramó a manos llenas el tesoro inagotable de sus dones en el doctor Carrasquilla. Por cualquiera faceta que se le considere aparece como un varón completo, realzada su existencia por la virtud y el desprendimiento. Compartió con Cortés Lee durante un cuarto de siglo el cetro de la cátedra sagrada, venciendo al elocuente humanista en el método docente de sus oraciones; revivió el estudio de la filosofía tomis-

ta imprimiendo en las aulas del colegio el espíritu del Santo con una claridad envidiable; hizo de la cátedra de Metafísica el alma del instituto por su alta concepción de los problemas filosóficos y por la sinceridad con que exponía las más intrincadas doctrinas; la sagrada teología fue para él la fuente inexhausta de todos sus conocimientos, y así nos lo decía en sus conversaciones cotidianas; sus oraciones fúnebres son para muchos modelo de elocuencia, en sus labios jamás aparecieron menos grandes pontífices y prelados, hombres de Estado y excelsos servidores de la república; corrió por sus venas sangre de libertadores y de mártires, y por eso en su gran corazón hubo siempre un lugar prominente para la patria, cristalizada en Bolívar, cuyas glorias refería con los ojos humedecidos por las lágrimas; su última producción literaria es la oración fúnebre que escribió para conmemorar el centenario de la muerte del Libertador, pieza que será escuchada y conocida el 17 de diciembre de 1930, y que el doctor Carrasquilla oír desde ultratumba como su postrer homenaje al Padre de la Patria; como maestro de la juventud, la figura del doctor Carrasquilla pasará a la posteridad nimbada con las bendiciones de todos los que fuimos sus hijos en esta paternidad del espíritu, y el magisterio que ejerció durante casi media centuria será el pedestal definitivo de su gloria, porque él se dio cuenta de lo que significa la palabra maestro y modeló la luz de su inteligencia como correspondía a un verdadero discípulo de Cristo; como hombre de sociedad, el doctor Carrasquilla llenó con su presencia los más altos círculos sociales, sin perder un momento el control soberano de sus virtudes privadas; como consejero escuchó lleno de bondad las miserias humanas sin que nada le sorprendiera, y su consejo sabio alivió los corazones lacerados; como amigo, los que llegamos a la última hora pudimos apreciar los tesoros de su corazón, y pudimos considerar lo que valió su amistad para muchos que desfilaron ante él, produciéndole esa soledad de la que no se quejaba nunca pero que iba cerrando el círculo de su existencia; no fue el doctor Carrasquilla menos grande en el seno de la familia, y cuando su madre, la hija del general Or-

tega, cerró los ojos a la vida, la conformación atlética del doctor Carrasquilla sufrió un descuajamiento a semejanza del tronco centenario que hiere la tormenta. Desde entonces empezó la decadencia física, pero tuvo todavía fuerzas bastantes para ir a Lima al centenario de Ayacucho en 1924. Allí, en la ciudad de los Incas, representó con decoro al Colegio y a la república, que de un salto se colocó en primera línea entre embajadores y ministros, mereciendo las simpatías más calurosas del presidente de aquella república, y pudo el pueblo peruano escuchar la voz de un colombiano que ensalzó sus glorias con el mismo entusiasmo, con la misma fe en el porvenir con que el doctor Carrasquilla hablara aquí de Bolívar o de Nariño, de Boyacá o de Pichincha.

El progreso, que según el doctor Carrasquilla, es marcha ordenada hacia adelante, no fue para él mera teoría filosófica, sino que lo practicó hasta sus postreros años en el Colegio del Rosario. A su gobierno se debe que la gran fábrica del señor Torres, lejos de mostrar caducidad material, se levante cada día con renovadas fuerzas para adaptarse a las necesidades de los tiempos, y no sólo miró a la modernización de los viejos edificios seculares en lo que permitían el buen gusto y el cultivo de la tradición rosarista, sino que buscó en el campo otro lugar para los deportes físicos de sus alumnos con la magnificencia que corresponde al claustro que fue cuna de la república y semillero de nombres ilustres. La Quinta consagrada al sabio Mutis señala la última muestra de la vitalidad del doctor Carrasquilla, obra en la cual puso todo su corazón, habiéndole permitido Dios ver reunidos allí a sus discípulos en medio de la alegría y el contento.

La más alta preocupación de su espíritu fue la defensa en todo tiempo y en cualquier circunstancia, de la autonomía del colegio, seguro de que al perderse, retrogradaría la república. Y los colegiales del Rosario, por encargo suyo, estamos en el deber de velar porque esa autonomía se conserve intacta para honor de la nación y para mayor lustre de este pedazo de gloria colombiana que se llama Colegio del Rosario.

ROBERTO CORTÁZAR